

los negros,—estos, lo mismo que habían mostrado aptitud para ser aprovechados alumnos, lo probaron en conquistar el título de maestros. En 1867 comenzó á publicarse en Raleigh, capital de la Carolina del Norte, un periódico enteramente redactado por negros; en 1863, á los cinco años de proclamada la emancipación, había 1.200 escuelas costeadas por negros; el puesto que en el Senado americano había ocupado Jefferson Davis, presidente de la Confederación del Sur, vino á tocar, como providencialmente, al negro Revels, cuyo discurso de entrada fué muy notable. En el colegio de Oberlin, uno de los mejores de los Estados-Unidos, y donde el mayor número de los alumnos son blancos, recibieron en 1868 el grado de bachiller en artes 10 señoritas y 15 mancebos, todos de color, mereciendo que el director los proclamase superiores en gusto literario y habilidad filológica á los demás estudiantes. Visitando Mr. Hippeau, persona tan competente, el mencionado establecimiento, oyó á una joven negra traducir correctamente nada menos que á Tucídides, uno de los más difíciles autores griegos. En cinco años 300.000 negros han acudido ávidamente á las escuelas primarias, dominicales, superiores, normales ó profesionales con que les brindaba el egoísmo norte-americano.

En un colegio de Washington ocurrió el siguiente patético suceso. Leyó un negrito de diez y siete años una poesía compuesta por él, y en la cual narraba las desgracias de su familia. Antes de la guerra libertadora de su raza, sus padres, él y una hermana, pertenecían á un opulento caballero de Virginia.

Vendida su hermana y llevada al Oeste, á pesar de las súplicas de su madre, esta había muerto de desesperación, y el autor y su padre habían sido apaleados porque lamentaban tanta desventura. Cuando pasó el poeta á pintar sus emociones en el día bendito de la emancipación, le fué imposible proseguir; rompió á llorar y con él, todos los circunstantes. ¡Ah! no se ha inventado, no se inventará nunca palabra bastante horrenda, bastante ignominiosa para execrar la esclavitud, monstruo que ha devorado más víctimas que naufragos los mares embravecidos.

Muchas ceremonias y espectáculos he visto en mi vida; pero ni aquéllas ni éstos me conmovieron nunca tanto como la humilde procesión con que negros de Nueva-York celebraron la enmienda que en la Constitución norteamericana sancionaba su redención irrevocable. Yo recordaba la inmensidad de humillaciones y dolores, la suprema infelicidad que encierra la esclavitud; yo veía á aquella mu-

chedumbre que ya podía pensar querer, amar, yo contemplaba un milagro más asombroso que la resurrección de Lázaro,—¡la resurrección de millares de almas! Lágrimas, copiosas lágrimas, sollozos, me arrancó entonces el recuerdo de mi patria infortunada. ¡Oh, lector! si hubieras oído las aclamaciones de aquellos negros, si hubieras visto con qué entusiasmo y delicia agitaban la bandera, que no en vano ostenta el color del cielo, y salpicase de estrellas, ya relegarias al catálogo de las consejas el egoísmo anglo americano.

EMILIO BLANCHET.

Vanidad de la hermosura

I

Del trópico eres hija:
De gracias eres fuente:
Tu seno es todo un Mayo,
Tu boca es un clavel:—
Son rosas tus mejillas,
De un ángel es tu frente,
Tus ojos brotan fuego,
Tus labios vierten miel.

Tu mórbida cintura
Colúmpiase donosa
De la cubana danza
Al eco celestial,
Como el flexible tallo
De perfumada rosa
Al soplo bonancible
De plácido terral.

El sol te da su lumbre,
Los valles sus palomas,
La tierra sus primores,
La luna su fulgor:
Los céfros te arrullan
Con músicas y aromas,
Y son preciosas perlas
Tus lágrimas de amor.

Eden de maravillas
Hacer el cielo quiso
La venturosa tierra
Do vives, oh mujer,
Cual ángel de ventura
En rico paraíso,
Rodeada eternamente
De palmas y laurel.

Amar es tu destino,
Y amar es tu embeleso,
Las flores de los campos
Las olas de la mar: